

NOBEL DE LITERATURA 1978

EN TRE las numerosas penalidades que afligen al género humano —y, en particular, a los responsables de las empresas periodísticas— se halla, estos días, la de encontrar a algún escritor que sea capaz de enhebrar unas cuantas líneas sobre el reciente Premio Nobel de Literatura. En las redacciones, la gente se miró con estupor al conocer la noticia que llegaba de Estocolmo; cuando alguien, en estas circunstancias, se acuerda y propone el nombre de aquel amiguete raro que, desde la infancia, lee cuanto se publica y que acaso podría correr con el encargo, una salva de aplausos viene a coronar su excelente y oportunísima memoria. En general, a la salida, se toman unos vinos en la tasca de la esquina. Y no es para menos, porque, ¿quién es, en efecto, Isaac Bashevis Singer? Como es bien sabido, el serio portavoz de la Academia sueca, a quien se le hizo esta misma pregunta, replicó a los numerosos periodistas que le interrogaban que no se podía ir por la vida ejerciendo de asnos, a lo que un agitanado profesional español —de paso con Lola Flores hacía una comuna en el Artico— opuso que no sabía lo que opinarían sus colegas alemán, inglés y francés, pero que él estimaba que ya venía resultando repulsivo el creciente paralelismo entre la Academia sueca, nuestro consensuado Parlamento y el mismísimo Vaticano, con la elección de Luciani. Pues, en efecto, entre Graham Greene, veterano aspirante al Nobel de Literatura, y Jorge Luis Borges, el mago ciego de las orillas del Plata —o sea, Buenos Aires—, no menos veterano que el primero en estas lides, la Academia decidió sorprendernos una vez más y otorgar este año el Nobel, sin previo aviso, al tercer hombre, un escritor judío-polaco, nacido en Radzimin en 1904, hijo y nieto de rabinos, ex seminarista de excelentes notas y estudioso de la Historia, que emigró a los Estados Unidos en 1935, al barruntar muy oportunamente la tormenta nazi que se avecinaba y que habría de afectar, muy en particular, a los individuos de su raza. A aquellos que les suene el nombre del Premio Nobel de Literatura 1978 nos atrevemos a aconsejarles que lean con detenimiento lo anterior, para no ir por la vida en plan prepotente, con el posible riesgo de incurrir en la inconveniencia de confundir a nuestro hombre con el otro Singer —ése sí que, de verdad, célebre—, el bueno de Isaac Merrit, norteamericano (1811-1875), que mejoró la máquina de coser y patentó una propia en 1851.

Los trabajos sobre Isaac Bashevis y las referencias a su obra son, que sepamos, prácticamente inexistentes, escasos o desconocidos en el panorama de los estudios de la crítica española contemporánea y, ni siquiera en los numerosos diccionarios y enciclopedias a nuestro alcance, hemos encontrado su nombre. En un diccionario especializado de autores, publicado en nuestro país en fecha

relativamente reciente, hay una breve mención de cinco líneas a la figura del flamante Premio Nobel, lo que, en principio, por un elemental patriotismo que compartiré cualquier buen español, nos llenó de legítimo orgullo. La única deficiencia de nuestro feliz hallazgo consistía en que el autor hace nacer a Singer, erróneamente, en 1893, y lo mata —y eso ya es peor— en 1944. Esperemos que en la segunda edición quede subsanado, al menos, este insignificante detalle.

No obstante lo anterior, hay que decir de inmediato que Singer resulta un caso curioso en nuestro país, en el que ha sido profusamente publicado y, sin embargo,

resulta no menos desconocido. Desde hace veinte años ha estado en las librerías españolas probablemente con lo mejor de su obra, novelas y libros de relatos: *Satán en Goray*, publicada en 1965; *El mago de Lublin* (1966), *El Spinoza de la calle Market* (1967), *La casa de Jampol* (1970), *Los herederos* (1971), *Un amigo de Kafka* (1973) y *La familia Moskat* (1977), entre otros. Este mismo año había aparecido un cuento, delicioso, "Cuando Schliemel fue a Versovia", y la segunda edición de *Jampol*. De acuerdo con la práctica comercial habitual, que tan bien hubieran entendido algunos personajes de Singer, las oleadas de ediciones y reediciones de

las obras del Nobel 78 inundarán en breves días los escaparates de nuestras librerías.

Isaac Bashevis escribe en yiddish, la lengua de los judíos europeos, una forma dialectal del bajo alemán del siglo XVII, compuesto de palabras hebreas y eslavas. Singer hubo de traducir, en el exilio, sus obras al inglés, para dejar más tarde a otras personas la realización de esta penosa tarea, a medida que su obra iba obteniendo reconocimiento social en Norteamérica. Un hecho importa resaltar en este punto para pintar al personaje: se trata de la tenacidad de un hombre que, obligado a emigrar a Estados Unidos, y emplazado por ello en un ámbito de lengua inglesa, no renunció a la de sus mayores y se enfrentó con un medio profesionalmente adverso, en el que finalmente terminó por vencer. "El yiddish —ha manifestado Singer— tiene vitaminas que ninguna otra lengua posee". Las vitaminas de esta lengua, que parece condenada a muerte, según los especialistas, no son otras, en el caso del reciente Nobel, que las que le proporciona la triple y conjunta circunstancia de que genio, vehículo de expresión y temática —el mundo narrativo, esencialmente, el de las comunidades judías del Este de Europa, aunque el autor se mueva asimismo con gran maestría en los relatos de ambiente urbano— se hallen indisolublemente unidos, y constituyan una perpetua referencia al mundo del que vino Singer, y del que Singer, con la heroicidad conmovedora del escritor orgullosamente marginado, ha dejado constancia de forma magistral. Mas, en definitiva, ¿qué piensa Singer de la literatura y de ese vasto universo narrativo que ha sabido crear con la grandiosa potencia de los viejos novelistas europeos del pasado? En declaraciones efectuadas a raíz de la concesión del Nobel, Singer ha manifestado que "la literatura debe proporcionar placer al lector", que no cree en los escritores "que intentan hacer que los lectores se sientan culpables", y ha confesado, al propio tiempo, su admiración por la gran literatura del siglo XIX: Tolstoy, Dostoyevski, Balzac. Situado en estas coordenadas, prendido en los hilos de estas claves, Singer comienza a configurarse ya como un tipo familiar, próximo. Y hasta simpático.

La Academia sueca ha distinguido a Singer con el Nobel "por su conmovedor arte narrativo, que, hundiendo sus raíces en la tradición cultural judeo-polaca, da vida a la condición humana universal". Henry Miller, cuando dice que "si tuviese hoy que volver a empezar a escribir, tomaría como modelo a Singer", nos está recordando la existencia de un gran artista desconocido, que ha recibido con gran humildad, según parece, la decisión de la Academia. Y no es para menos, porque, en definitiva, ¿qué se puede esperar de ese cóncave de herejes, ilustres impulsores en ocasiones de la guerra fría, capaces, como este año, de conceder el Nobel a un maestro? ■

ANTON AMARGO

Singer, el hombre que llegó del Yiddish

